

Gómez de la Serna: *hay que decir todas las frases, hay que fantasear todas las fantasías*

Por Francisco Castañeda



Ramón Gómez de la Serna

En la vasta y diversa producción literaria de Ramón Gómez de la Serna destaca su obra novelística, que cultivó desde los inicios de su carrera y que no abandonó sino hasta dos años antes de su muerte. Inexplicablemente, la crítica la ha soslayado en forma sistemática, atendiendo sólo a la célebre invención de la greguería, cuya fórmula nos reveló su propio creador al definirla como: Humorismo + Metáfora. La greguería es, sin duda, la máxima aportación del prolífico escritor madrileño, pero ello no justifica que se relegue su novela, su teatro, su espléndida labor como biógrafo y un caudal de textos que no caben en clasificación alguna, como no sea en la de "ramonismo" (término acuñado por el mismo escritor), en la cual dejó constancia de un singular talento y de una originalidad que de tan espontánea y natural pasa muchas veces inadvertida.

Por otra parte, Gómez de la Serna compuso la totalidad de su obra a base de greguerías, que aparecen tanto en el desarrollo de sus novelas como en la plasmación de los personajes que biografio e incluso en sus experimentos teatrales. Puede afirmarse que no hay una sola página de este formidable autor en la que no aparezca una greguería. En el caso concreto de su labor novelística, la greguería no es un recurso de estilo sino el estilo mismo. Así lo confirman quienes han juzgado las novelas de Ramón como intentos fallidos y señalan que carecen de continuidad y "sustancia", de modo que constituyen sólo greguerías enlazadas arbitrariamente. No puede negarse el carácter atomizado que presentan todas las novelas ramonianas, pero falta por demostrar si tal cosa va en detrimento de la calidad estética o si, por el contrario, la sustenta y determina. Gómez de la Serna no escribió sus novelas al modo usual, si lo hay, ni consintió en seguir las supuestas reglas exigidas por el género. Actualmente, resultaría absurdo esperar de los novelistas una obediencia ciega hacia los patrones de la novela "clásica" y aun es requisito la innovación en su tratamiento, si pensamos que después del *Ulises* de Joyce no puede concebirse el arte de novelar a la manera tradicional. Ramón se anticipó así —en el panorama de la novela escrita en español— a las corrientes que muchos años más tarde prevalecerían.

La intensa actividad novelesca de Gómez de la Serna se inició en 1922, aunque para entonces ya había publicado aisladamente dos novelas: *El Doctor Inverosímil* (1914) y *La viuda blanca y negra* (1917). Publicó cerca de treinta novelas, de 1922 a 1961, fecha de edición de la última, *Piso bajo*. En tan enorme cantidad la disparidad es también grande, sumándose a lo mejor aquéllo que bien pudo quedar inédito; pero Gómez de la Serna fue siempre un escritor desmesurado que rechazó deliberadamente el cálculo y la dosificación. Mucho le perjudicó esta actitud y no tanto porque le impidiera dar a la imprenta páginas extraordinarias, sino porque junto

a éstas dio también otras que no alcanzan el nivel de su propia e indiscutible inspiración.

El incongruente, novela aparecida en 1922, es el testimonio inicial de una forma nueva y muy personal de concebir el género, relato en el cual se combina lo imaginario con experiencias y recuerdos autobiográficos. Su esquema argumental es prácticamente inexistente, ya que toda la trama consiste en relatarnos cómo su protagonista —Gustavo— busca la compañía de una mujer y satisface finalmente su anhelo con una muñeca de cera. Cabe recordar aquí la fascinación que ejercieron sobre el autor los más extraños e inútiles objetos, presentes no sólo a lo largo de toda su obra sino también en su vida, pues fue un insaciable coleccionista de "rarezas", entre las que no faltó, por supuesto, una muñeca de tamaño natural que tenía en su despacho como acompañante silencioso de sus horas de trabajo.

El incongruente se desarrolla a través de una serie de audaces metáforas que describen, reseñan estados emocionales, dibujan el perfil de los personajes y, en suma, relatan lo que sucede. De esta manera, lo irreal traspone el umbral de lo plausible bajo una atmósfera de incongruencia que, no obstante, permite entrever esa otra incongruencia que llamamos realidad. La novela nos transmite una sensación de absurdo total —no exento de comicidad— que recuerda el existencialismo, por un lado, y el surrealismo, por otro. Un lector desprevenido de esta novela estaría tentado a buscar un antecedente en *Nadja* de André Breton... pero la novela del surrealista francés se publicó seis años después, en 1928. Asimismo, podría pensarse que *El incongruente* debe mucho a la influencia de Kafka, pero las primeras obras de éste no comenzaron a publicarse sino hasta 1926.

Otra espléndida novela de Gómez de la Serna se titula, precisamente, *El novelista*. Dedicada a Valéry Larbaud apareció, antes de editarse en volumen (1923), en la revista *La Pluma*. Su interés radica fundamentalmente en que nos revela cómo escribe un novelista sus obras y se transparenta la figura del propio Gómez de la Serna en el personaje protagonista Andrés Castilla; una novela sobre el arte de novelar, en la que se suceden historias, anécdotas y recuerdos, como si al leerla tuviésemos acceso a los apuntes y borradores de un novelista. Desde esta perspectiva, Andrés Castilla nos parece tan real o ficticio como los personajes y las situaciones que inventa; juego de espejos que multiplica al infinito la imagen del novelista que escribe una novela sobre un novelista que escribe... Compuesta por diversos relatos independientes entre sí, es decir, las diferentes novelas que se supone escribe el personaje, su atractivo deriva también de este carácter inconcluso o fragmentario, dado que asistimos al proceso mismo de la creación con la impunidad de testigos invisibles. Queda al descubierto el modo en que Ramón idea y hace realidad sus ficciones novelescas; mucho mejor y más claramente que en un ensayo o



en toda una exposición teórica, nos da a conocer su concepción del género y de quien lo cultiva. *El novelista* concluye con esta declaración de principios: "Hay que decir todas las frases, hay que fantasear todas las fantasías, hay que apuntar todas las realidades, hay que cruzar cuantas veces se pueda la carta del vano mundo, el mundo que morirá de un apagón."

De estructura menos compleja pero rota la barrera del concepto en su deslumbrante lenguaje, *El torero Caracho* (1927) es, posiblemente, la novela más acabada de cuantas escribió Gómez de la Serna. En ella, recrea su autor el ambiente de la fiesta brava con una plasticidad extraordinaria y convierte en personaje multitudinario al público madrileño de las corridas de toros. La descripción minuciosa del espectáculo cobra un relieve fantástico bajo la mirada penetrante y siempre insólita de Ramón, de tal manera que no sabemos si es sueño o realidad ese mundo lleno de contrastes en el que la vida depende de un movimiento y la muerte acecha, burlona, tras la muleta o la capa del lidiador. Nada pasa desapercibido a la curiosidad del novelista, pues lo mismo atiende al matador que a la bestia o a los monosabios, y los espectadores son también motivo de expectación. No creemos que alguien haya sido capaz de dibujar una estampa tan nítida y emocionante del universo taurino como lo consiguió Gómez de la Serna en esta novela magistral; aun a quienes el toreo no ofrezca un atractivo especial, les resultará de gran amenidad e interés, ya que la faena cumbre se realiza en el terreno de la literatura, y es tan hondamente poética la visión del autor que todas las cosas por él apuntadas adquieren una dimensión universal. Caracho, el torero que da su nombre a la novela, es un tipo recio y bien plantado que sale al ruedo a jugarse la vida para ganar un poco de gloria cada tarde. Cairel, su rival, es un personaje misterioso que "esperaba la hora de la corrida como obediente a la fatalidad y como si saliese fuera de la vida para hablar con Dios en el desierto arenoso de la plaza". La novela nos ofrece momentos del más puro y delirante surrealismo, como cuando un picador se vuelve loco y sale a la calle montado en su caballo —pica en mano—, embistiendo contra automóviles y transeúntes. En

acción continua y siempre emotiva, Ramón compone un cuadro tragicómico en el que la poesía rubrica cada página.

De las obras narrativas que publicó bajo el título general de *Las Novelas de la Nebulosa*, merece destacarse *El hombre perdido* (1947), en la que el personaje central —cuyo nombre nunca llegamos a conocer— hace también las veces de narrador. Así, perdido en el mundo y en el anonimato, busca no ya a la mujer, como sucedía con Gustavo en *El incongruente*, sino a la vida misma en un itinerario de extrañas aventuras que, a fin de cuentas, sólo le conducen a una muerte absurda, de la que nos enteramos en la última página del libro, donde se reproduce una breve nota periodística según la cual se encontró el cadáver de un hombre en las proximidades de la red ferroviaria del sur. La escueta noticia señala que posiblemente el desconocido fue atropellado "por uno de los trenes de carga compuestos de innumerables vagones que llevan las mercancías al kilómetro No. 5, donde se forman las expediciones definitivas". Osmosis entre lo real y lo imaginario, esta novela pone en juego el ser por medio del lenguaje como si fuese un atisbo de otra realidad, paralela a la del mundo pero más allá de sus límites espacio-temporales. El argumento se nos presenta como un rompecabezas al que le faltan varias piezas y, por lo tanto, nos corresponde a los lectores llenar esos vacíos. Mística del azar y del encuentro amoroso, también aquí la mujer es el único soporte, la última posibilidad de rescatar un sentido para la existencia, pero sólo mientras haya libertad absoluta, condición imposible de satisfacer. Dialéctica pura de la imaginación sin primeras ni segundas intenciones, *El hombre perdido* recoge lo más característico del arte inimitable de Gómez de la Serna. Obra lúdica pero ajena a cualquier clase de esnobismo intelectual, puesto que la admiración está antes que el signo y surge como en el hallazgo feliz de un niño, cuya mirada siempre es nueva. "Cada vez estoy más convencido de que decir cosas con sentido no tiene sentido... La novela no es sólo 'la antología de lo posible' como ha dicho alguien, porque también es la antología de lo imposible", escribió Ramón en el prólogo a *Las Novelas de la Nebulosa*, texto clave para comprender la naturaleza de su arte y, sobre todo, para entender mejor aquella definición que dio de él su entrañable amigo Macedonio Fernández: "El mayor realista del mundo como no es."

Guillermo de Torre llamó a Gómez de la Serna "el Picasso de la literatura". Pablo Neruda le consideró su maestro y pidió se le otorgara el Premio Nobel. Jean Cocteau y otros grandes escritores franceses le llevaron a la Academia del Humor como el único miembro extranjero, además de Chaplin. Pero ésa es otra historia, por lo pronto, la novela ramoniana busca y (ojalá encuentre) más y mejores lectores.